

DIMENSÕES

Revista de História da Ufes

SALIR AL CAMINO Y RECIBIR A GOBERNADORES Y OBISPOS EN LAS REDUCCIONES DEL PARA-GUAY: LA CULTURA BARROCA EN PRÁCTICAS RITUALES Y EFÍMERAS

*Fazer-se à estrada e receber governadores e bispos nas reduções do
Paraguai: a cultura barroca em práticas rituais e efémeras*

Carlos A. Page¹

Resumen: El artículo se propone estudiar las recepciones que se desarrollaban durante las visitas a las reducciones del Paraguay, tanto de autoridades civiles como eclesiásticas. El enfoque se hace sobre estas poblaciones indígenas a cargo de los jesuitas desde la creación de las primeras reducciones hasta la expulsión. La pregunta que nos formulamos es en qué medida se modifican las estructuras poblacionales frente a las celebraciones dadas en el entorno propio del barroco donde las ritualidades y el arte efímero juegan un papel preponderante en una interrupción de la cotidianidad de sus habitantes que pasan a ser partícipes de la fiesta.

Palabras-clave: recepciones; visitas; autoridad; doctrina; aculturación.

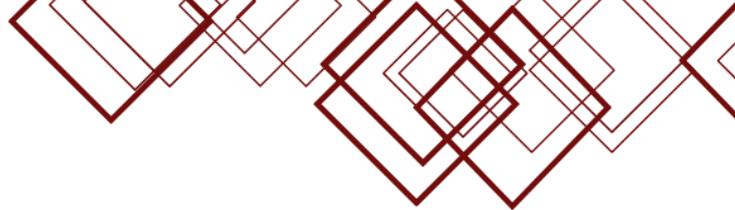
Resumo: O artigo visa estudar as recepções que tiveram lugar durante as visitas às reduções do Paraguai, tanto as autoridades civis como eclesiásticas. O foco está nestas populações indígenas sob os cuidados dos jesuítas desde a criação das primeiras reduções até à expulsão. A questão que nos colocamos é até que ponto as estruturas populacionais são modificadas face às celebrações realizadas no ambiente barroco, onde rituais e arte efémera desempenham um papel preponderante numa interrupção da vida quotidiana dos habitantes que se tornam participantes nas festividades.

Palavras-chave: recepções; visitas; autoridade; doutrina; aculturação.

Abstract: The article aims to study the receptions that took place during the visits to the reductions of Paraguay, both civil and ecclesiastical authorities. The focus is on these indigenous populations under the care of the Jesuits from the creation of the first reductions until the expulsion. The question we ask ourselves is to what extent the population structures are modified in the face of the celebrations held in the baroque environment where rituals and ephemeral art play a preponderant role in an interruption of the everyday life of the inhabitants who become participants in the festivities.

Keywords: receptions; visits; authority; doctrine; acculturation.

¹ Arquitecto y doctor en historia. Investigador del CONICET con sede en la Unidad Ejecutora CIECS-CONICET/UNC. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4708-5243>. E-mail: capage1@hotmail.com.



Introducción

Con el solo anuncio de la llegada al poblado de un personaje extraño al mismo, la comunidad la convertía en una ocasión festiva. Podría ser el arribo de un misionero, como también las reglamentarias de un provincial, visitador o superior de las reducciones o doctrinas, visitas que dejaremos para otra ocasión, concentrándonos en las que hacían autoridades civiles y eclesiásticas, o sus representantes, que acudían esporádicamente. Era evidente que se producía una alteración en el orden y la vida cotidiana del poblado, una transformación no solo de sus habitantes, sino también de sus espacios urbanos, conteniendo la ceremonia de recepción un marcado simbolismo político y religioso como a la vez una afirmación cierta del poder que ejercían los visitantes. Para ello se ponía en marcha una rígida maquinaria protocolaria con una serie de imágenes de poder que eran muy comunes en la nobleza ibérica y que fueron transportadas a América y donde sus habitantes originarios compartieron y sumaron sus propios rituales.

La pompa del recibimiento a visitantes no era ajena en los poblados indígenas en los inicios del contacto. Podríamos poner de ejemplo solo dos de muchos otros, como la descripción de Ulrico Schmidl que publicó en 1567, una de las primeras crónicas de los habitantes y lugares de la región platina. Cuando junto a Mendoza y Ayola partieron para Buena Esperanza en 1536, cuenta que al acercarse en sus barcos a los timbúes: “a cuatro leguas de su pueblo, nos divisaron y vinieron a nuestro encuentro como en cuatrocientas canoas, y en cada una había dieciséis hombres, y se nos acercaron pacíficamente”, y luego que el cacique recibiera unos regalos: “nos condujo a su pueblo, y nos dieron carne y pescado hasta hartarnos”, tal fue la buena predisposición que se quedaron en este pueblo tres años (SCHMIDL, 1997, p. 33).

186

El otro ejemplo es el de Alvar Núñez Cabeza de Vaca que arribó a la costa del Brasil en 1541 y de allí emprendió su derrotero por el camino del Peabirú hasta Asunción. De su travesía redactó las primeras impresiones conocidas de la población indígena altamente densa, escribiendo que al arribar:

“a vn lugar de indios de la generación de los Guaraníes, los quales con su principal y hasta las mugeres y niños, mostrando mucho plazer nos salieron a rescebir al camino, dos leguas del pueblo, donde truxeron muchos bastimentos de gallinas, patos y miel y batatas y otras frutas y maíz y harina de piñones” (NÚÑEZ CABEZA DE VACA, 1906, I, p. 176.).

Agregando que: “antes de llegar con gran trecho a los pueblos por do avian de passar, alimpiavan y desmontavan los caminos, y baylavan y hazian grandes regozijos de verlos” (NÚÑEZ CABEZA DE VACA, 1906, I, p. 184).



Pues este ritual y como veremos delante, es similar al que los españoles trajeron de Europa, con lo que nos da la pauta de costumbres ancestrales vinculadas al propio ser humano, cuestión que no es nuestro objetivo explayarnos.

Ese reconocimiento del poder fáctico eran episodios de clara identificación política exteriorizada en las entradas, estadías y despedidas, donde florece el sentido comunitario en las manifestaciones protocolares. El esfuerzo económico de las comunidades indígenas tenía como eslabón una proyección social en todos estos acontecimientos. Un sacrificio donde imperaban los rituales y formas complejas sin importar los costos económicos.

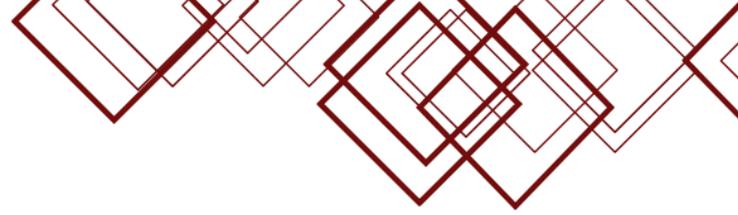
Las visitas y sus rituales las ubicamos en hechos esperados, aunque no anunciados con mucha antelación, que se diferenciaban de otros acontecimientos extraordinarios como beatificaciones o triunfos militares, pero que a su vez no eran los incluidos en el calendario anual como la fiesta del pueblo y otras. Se sumaron todas a una sucesión de situaciones que producían una cohesión social con las vinculadas elites dirigentes, ya sea políticas o religiosas.

Este tipo de ceremonias fueron cuidadosamente reglamentadas no solo en el marco del mundo hispano, sino también en estas poblaciones periféricas. Se estructuraron con detalles específicos los espacios urbanos donde debían celebrarse e incluso los comportamientos que debían tener los responsables y la comunidad en general.

Había un desmedido esfuerzo por el boato que no era otra cosa que mostrar una buena imagen para legitimar, a los ojos del visitante, la afirmación al poder que representaba.

Los personajes, civiles o eclesiásticos iban con un notario que daba cuenta de lo que aquellos le indicaban para luego comunicarlo a la corona, pero escasos y casi nulos son los textos que describan el recibimiento.

Por ello las fuentes que más utilizamos son de la orden que, por un lado, se presentan como descriptivas de los acontecimientos y por el otro operativas al mismo, es decir las que se reglamentaban. Pero solo escogimos algunas ante la cantidad existente, sobre todo en un tema que para los historiadores de aquella época era importante, de ahí el marcado uso de esa historiografía y documentos jesuíticos que parecían ser los únicos interesados en relatar ese momento de la visita. Estudios más recientes como el de Wilde (2003, p. 197) menciona el tema de los recibimientos festivos que se repetían en todos los pueblos. En cambio, Sustersic (2010), y las tesis doctorales de Affanni (2008, p. 201-204) y principalmente Serventi (2007, p. 546-594) sitúan al tema desde la historia del arte, como manifestación efímera donde la especial participación indígena es fundamental.



El mundo barroco se nutrió de simbologías cargadas de aparatosos significados, de allí que floreció en todas sus expresiones llevando a la sociedad a mostrar un tiempo cultural donde el arte efímero se sumaba a la variedad de un lenguaje particular de expresiones. De esta manera surgen arcos triunfales, castillos y acciones artísticas como representaciones teatrales, poéticas, procesiones, dentro de un marco urbano transformado para ocasiones puntuales. Este es el tema que abordamos a través del recibimiento de distintos personajes que fueron el factor movilizador para el desarrollo de una escenografía preparada para que participara toda la comunidad.

Recibimiento a autoridades civiles

El gobernador, en su carácter de representante del rey o bien sus oficiales, podían visitar los poblados cuando lo creyera conveniente o se lo ordenaran, como lo hacían con cualquier otro núcleo urbano de su jurisdicción. Estas visitas fueron reguladas en las Leyes de Indias, sobre la obligación de que cada Audiencia enviara oidores visitantes², pero a su vez los gobernadores y corregidores debían visitar sus términos e informar a la Audiencia, eso incluía los pueblos de indios y lo habían repetido varios monarcas (LEÓN PINEDO y SOLÓRZANO PEREIRA, 1681)³.

188

Agrega el P. Hernández que el recibimiento en las visitas: “manifestaba a un mismo tiempo la fidelidad y obediencia de aquellos pueblos, y el gozo de que su gobernador los viniese a visitar” (HERNÁNDEZ, 1913, I, p. 137-141), aunque siempre con alguna desconfianza en ambas partes. Por tanto y como señala Furlong (1962, p. 358): “se prevenía, pues, para recibirle con todas las muestras de regocijo y con toda la solemnidad que les era dable”. Porque el personaje era el representante del rey, cabeza y alma del cuerpo del reino y los jesuitas debían hacerlo entender en la población para legitimar su autoridad política. A su vez estas visitas les servían a los jesuitas para establecer alianzas y prerrogativas especiales, después de haber demostrado la eficacia administrativa desplegada en cada poblado y en el conjunto.

También se acercaron otras autoridades civiles como los visitantes nombrados en Madrid, oidores o bien fiscales de la Audiencia, cuya nómina listó Jarque (1687, p. 310-311) y amplió Hernández (1913, I, p. 138-140). Casi siempre la visita terminaba en la confección de

² Sobre los antecedentes de este tema ver Guillermo Céspedes Castillo (1946, p. 984-1025) y Miguel Malagón Pinzón (2004, p. 821-838).

³ Libro V, Título II, Ley XV a la XXI, 148-148v.

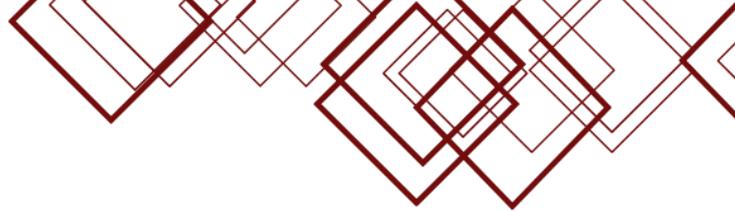


un censo o padrón, que era en definitiva el objetivo, es decir tener presente los recursos humanos con que se contaba y el pago del tributo⁴.

Varios, sino casi todos los gobernadores visitaron los poblados, como lo hizo primeramente Hernando Arias de Saavedra, emparentado con el jesuita Roque González a través de la hermana de aquel. Tenía ansiedad por conocer los poblados de los guaraníes, pero precisamente el P. Roque trató de disuadirlo expresándole que: “los bárbaros no estaban suficientemente preparados, que la precipitación perdía muchas buenas causas y que el nombre español, a consecuencia de las pasadas guerras, era aborrecido por los habitantes del Paraná” (DEL TECHO, 2005, p. 273). Incluso la presencia de los españoles ponía en riesgo a los misioneros frente a los indígenas que sospecharían de la fidelidad hacia ellos. El P. Roque aconsejó que esperara con paciencia, pero el gobernador insistió y lo mandó a que prepare los ánimos. Así fue que el mandatario partió con cincuenta soldados. Del Techo relata el arribo del gobernador, escribiendo que el P. Roque fue a recibir a la comitiva y atravesaron juntos el río. Al llegar a la otra orilla y ver la cruz que había levantado el P. Diego de Boroa en Itapúa, los españoles hicieron tronar sus arcabuces en manifestación de alegría. Luego, el gobernador: “visitó la iglesia, que estaba adornada”, y dirigió a sus compañeros unas palabras, felicitando a los jesuitas por haber conquistado lo que ellos con las armas no pudieron. Posteriormente: “encomendó los cargos concejiles a los indios más principales, y exhortó a todos que fuesen obedientes y respetuosos con los sacerdotes, a quienes para dar ejemplo besó la mano inclinándose” (DEL TECHO, 2005, p. 273). Después quiso ir a otro pueblo, pero lo esperaba una comitiva de balsas con trescientos indígenas armados listos para atacarlos si no hubiera sido por la intersección del P. Roque que los detuvo.

Recordemos que el P. Diego de Torres negoció con el gobernador Hernandarias el envío de sacerdotes con la condición que éste contribuyera con cuatrocientos pesos anuales para dos misioneros en cada una de las reducciones a establecerse. Pero la petición indispensable era que se eximiera a los pobladores del servicio personal, ya que al momento había órdenes reales al respecto que no se cumplían. Pero fue rechazado por los encomenderos y el provincial logró que enviaran desde la Audiencia de Charcas al visitador Francisco de Alfaro, quien dictó una

⁴ Los poblados de guaraníes a cargo de los jesuitas en principio comenzaban a tributar diez y luego veinte años, después de aprobada su fundación por el gobernador que no era para nada inmediata. La desidia de los gobernadores para el cobro del tributo perjudicaba a los jesuitas porque eran constantemente reprochados de no pagarlo. Recién con la visita del oidor Juan Blasquez Valverde en 1657 se levantó el primer padrón donde tributarían hombres entre 18 y 50 años, excepto caciques y oficiales, pero por apatía de las autoridades recién se comenzó a pagar anualmente en 1666.



serie de ordenanzas que no llegaron a cumplirse en su totalidad. Por ese motivo el presidente de la Audiencia, Diego de Portugal envió emisarios para ver si se verificaban las órdenes.

El visitador Alfaro pactó con el P. Torres de que lo acompañara a Asunción. Torres salió de Córdoba con los PP. Antonio de Moranta, Antonio Ruiz de Montoya, Martín Javier Urtazun y Pedro Romero (LOZANO, 1755, II, p. 297). Al llegar a Santa Fe lo esperaba el visitador y el gobernador Diego Martín Negrón⁵. Se embarcaron todos juntos y antes de llegar a Asunción en setiembre de 1611, en las orillas del Paraná, los esperaban los guaicurúes, quienes:

“se dexaron ver en el rio, y en una embarcacion muy galanes a su usanza, y muy festivos. Conducian al hijo mayor de Don Martin⁶, su Cacique principal, que venia á dar la bienvenida, en nombre de su Nacion, á los huéspedes, como lo hizo, con las ceremonias entre ellos acostumbradas” (LOZANO, 1755, II, p. 198).

Agrega Del Techo (2005, p. 222) que esa embarcación se encontraba: “adornada con ramos entretejidos y con flores”. Llegaron a Asunción donde dictó las ordenanzas, pero no visitó los poblados de entones.

Cuando el gobernador Pedro Lugo de Navarra llegó a Asunción en 1636, fue recibido solemnemente, escribiendo el mencionado P. Boroa en su extensa Carta Anua, firmada el 13 de agosto del año siguiente, que:

“En su solemne entrada a la capital se le fueron al encuentro procesionalmente los misioneros, curas párrocos de las reducciones de guaraníes con los caciques, y los niños con trajes vistosos; parte de ellos eran músicos, parte cantores, y todos hacían sus danzas a compás. Representaron después un elegante drama, en el cual un niño en traje español, otro en traje de indio, y otro en traje de moro, ofrecieron al gobernador la bienvenida, cada uno a su modo característico y diferente”.

El espectáculo, que se repitió dos veces seguidas, a pedido de los habitantes, fue presenciado por autoridades y público en general, quedando el gobernador muy complacido y manifestando que: “este espectáculo se podría representar delante del mismo Rey”. Tiempo después visitó las reducciones siendo recibido con distinción y hospedado en la casa de los jesuitas y fue a la iglesia donde: “oyó el canto sagrado, acompañado con la orquesta de los

⁵ Marín Negrón fue un personaje controvertido. Nació en Málaga en 1560, siendo designado sucesor de Hernandarias en 1608, llegando a Buenos Aires a fines del siguiente año. Luego de la visita fue acusado de participar de una red de contrabando, apareciendo envenenado en 1613, por un socio en los ilícitos que era alcalde del Cabildo, según las investigaciones que se hicieron en su tiempo.

⁶ Hacia 1610 el P. Roque González se internó en el sitio de Guazutinguá donde gobernaba el cacique don Martín que se hacía llamar con nombre español sin haber sido bautizado. Ese fue su primer contacto, pero al regresar con el P. Griffi no lo encontró. El caso es que al tiempo el cacique se presentó en la casa de los jesuitas de Asunción junto a doscientos seguidores para invitarlos a regresar a sus tierras. Así fue que se acercaron al sitio de Yasocá donde fundaron una reducción dedicada a Nuestra Señora María de los Reyes, pero debieron trasladarse porque las tierras no eran aptas. Consiguieron bautizar a Martín quien al poco tiempo falleció (PAGE, 2012, p. 144-145).



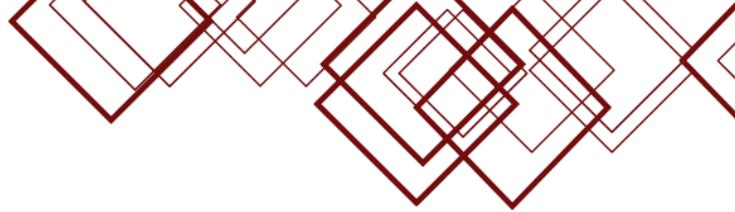
instrumentos músicos, observó la gran modestia y quedó profundamente sorprendido” (MAEDER, 1984, p. 97).

Las interpretaciones teatrales, sobre todo las religiosas, tienen una larga data medieval, cuando se representaban en las mismas iglesias: “Misterios, Autos Sacramentales, Cuadros Vivos” (LEONHARDT, 1924a, p. 21). Eran un instrumento pedagógico admirablemente utilizado con gran receptividad, acompañados con danzas, música y recitados, no solo en la iglesia sino también en las procesiones, tanto en colegios como en poblados indígenas. Una de las representaciones más elementales, que trajo el P. Lorenzana, fueron los pesebres que interpretaron en su poblado de San Ignacio Guazú. Causó tanta impresión que Lorenzana le solicitó al franciscano Luis de Bolaños que le “compusiese un Hymno en lengua Guaraní en alabanza a San Miguel” (LOZANO, 1755, II, p. 185) a fin de representarlo con los indígenas. Pues les atraía su condición guerrera y triunfal tan afianzada entre los guaraníes.

No solo los gobernadores de Paraguay visitaron los poblados, sino también los de Buenos Aires, a pesar de tener que sortear varios meses de viaje, como lo hizo el no muy bien recordado Jacinto de Lariz, quien en 1647 llegó a las doctrinas sujetas a su jurisdicción y también las del Paraguay en un total de diecinueve poblados, dejando una extensa y detallada relación de su viaje donde da cuenta del número de habitantes, el haber presidido elecciones de alcaldes y ministros de justicia, capitanes y oficiales de milicia, además de mencionar los nombres y procedencia de los jesuitas a cargo, descripción de los edificios y ornamentos de las iglesias, como el relevamiento de armas de fuego, siempre de la mano de un intérprete oficial, pues no se fiaba de los jesuitas.

La primera que visitó fue la de Encarnación de Itapúa donde arribó el 19 de octubre de aquel año. Pero en la visita al poblado de Santa María del Iguazú, donde llegó con su comitiva el 6 de noviembre y después de hacer la junta en la iglesia y la plaza, se dirigió a la casa que le habían preparado y: “halló pintado un castillo y armas reales del rey don Felipe” y por cierto las del gobernador, teniendo en medio de los gritos de vivas al rey y a él mismo un: “recibimiento de arcabucería y flechería, en modo de salva que se le hace e hizo, abatiendo banderas, todo en señal de general contento y regocijo que parece tener y haber tenido dichos indios de esta reducción”, agregando el escribano que: “el mismo recibimiento y demostraciones, salvas y abatimiento de banderas se ha hecho en las demás donde ha entrado y visitado el dicho señor gobernador” (TRELLES, 1870, p. 99).

En su partida era acompañado por un ostentoso aparato militar indígena que lo llevaba al pueblo siguiente que le tenían preparado un similar recibimiento de suerte, como escribe



Hernández (1913, I, p. 138): “que el paso del Gobernador por las Doctrinas venía a ser un continuo triunfo”.

Más allá de las múltiples descripciones festivas, de las que solo escogimos algunas, se publicó recientemente un documento de la Biblioteca Nacional de Brasil, referido a unas instrucciones sobre cómo debía ser el recibimiento a un gobernador. Así es que bajo el provincialato del asunceno P. Ignacio de Frías se desempeñaba como superior de los poblados del Paraná el P. Mateo Sánchez⁷, autor de estas instrucciones. No era cualquier jesuita, aunque está bastante olvidado. Había llegado a Buenos Aires en la expedición del procurador Cristóbal Altamirano de 1674, siendo designado superior del Paraná entre 1698 y 1702. El P. Mateo padeció el martirio y muerte junto al H. Bartolomé Niebla, ex militar del que no se encontró su cuerpo. Iban navegando por el Paraná cuando fueron atacados por los payaguás y al anciano P. Mateo (70 años) le partieron el cráneo, siendo su cuerpo arrojado a la playa y encontrado por unos franciscanos que lo sepultaron en el poblado de Santa Lucía de los Astos, ubicado en la margen derecha del río Mepemé, hoy río Santa Lucía⁸.

El P. Mateos, como superior del Paraná, dejó estas instrucciones escritas en 1699 sobre cómo debía ser el recibimiento de un gobernador, a raíz de la visita que haría Juan Rodríguez Cota (1696-1702), quien posiblemente no fue, ya que no lo cita Hernández, ni menciona el provincial Ignacio de Frías en la Anua correspondiente. Las órdenes surgieron después de someter sus pareceres a los consultores. El texto describe con detalle los preparativos de calles, plaza y los edificios, tanto de la iglesia como la casa donde residiría el gobernador, recomendaciones especiales para los habitantes y no solo cómo ceremoniosamente debían recibir al mandatario los jesuitas y autoridades cabildares, sino también cómo complacer su visita. Describe hasta el menú que debían servirle y entretenimientos para el solaz de su estadía, además de algunas recomendaciones de lugares donde no podían mostrar a la comitiva.

En el texto recomienda que había que recibir al mandatario media legua antes del poblado, para lo cual se pondrían espías en el camino que informarían a las autoridades del poblado. Así partían el corregidor y los cabildantes llevando delante dos compañías de soldados a caballo y con banderas, y detrás de aquellos los jesuitas. Al encontrar al gobernador:

⁷ El P. Mateo Sánchez (Villanueva del Marqués, Córdoba, 1652 - en el río Paraná, 1722) fue rector de los colegios de Santa Fe, Asunción y Córdoba, además de superior de las misiones, maestro de novicios e instructor de tercera probación. Su necrológica en la Anua de 1720-1730 (SALINAS, et al, 2017, p. 133).

⁸ Sobre esta reducción ver, aunque no menciona este hecho, relatado en su obituario, a Labougle (1968, p. 131-152).



“le saludaran a su modo y luego se pondrán en filas caminando por delante y los de las banderolas iran haciendo sus escaramusas; y en llegando los Padres y aviendo saludado a Su Señoria le cogerán en medio e iran acompañando hasta la entrada del Pueblo, donde estarán esperando dos buenas filas a compañías de soldados de a pie con sus dos Capitanes, pajes de ginetes y alferes todos bien vestidos y aviendo todos hecho sus cortesías y ceremonias acostumbradas se vatiran las dos banderas disparando al acabar vnos ocho o diez tiros” (PAGE, 2022, p. 5).

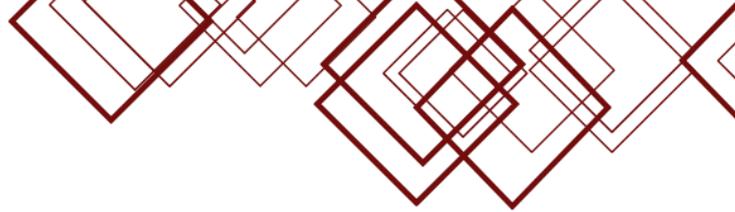
De allí se dirigían a la iglesia donde los esperaban en la puerta cuatro compañías que repetían la ceremonia, es decir el batido de banderas más el disparo de diez o doce tiros, acompañados con el sonido de clarines y chirimías. Al ingresar el gobernador se dirige al altar donde se arrodilla y recibe el agua bendita de parte del superior, mientras el coro entona el salmo *Laudate Dominu omnes gentes con su Gloria Patri*. De allí se va a la casa que tenían preparada donde las paredes de su interior:

“han de estar compuestas y blanqueadas con su arco de cabo a la puerta y dentro sus hojas de naranja y flores y en la sala ha de haber hasta una docena de sillas y uno o dos bancos de espaldar y una mesa con su colcha o sobremesa y en la sala habrá también un par de cuadros buenos y en la alcoba su cancel” (PAGE, 2022, p. 6).

Una compañía de soldados debía quedarse en el exterior y al otro día el corregidor lo tenía que ir a buscar para asistir a misa. El sacerdote que la oficiaría se vestiría con sobrepelliz y estola, para dar la paz al gobernador: “como marca la Recopilación de Indias”. Preferentemente al segundo día: “se le hara algún festejo y regocijo como sera algun buen alarde o esquadron y danzas o algun entremesillo”. En lo que toca a las comidas el P. Sánchez recomienda que no falte ni se exceda, ante la escasez de trigo para el pan que se pongan en la mesa “*beyus*”, tortillas de maíz o mandiocas asadas. Al medio día se le darán cuatro platos de:

“asado de ternera y alguna cosa de ave y los postres que no pasaran de dos podran ser algo de fruta, de sarten como son buñuelos ojuelas tamisas etc o algunos buenos charques de manzanas, peras, orejones, etc cocidos con miel, y en la mesa se podrá poner como al salir, la fruta que hubiere de sandías, melones, tunas, etc”.

Para la cena se darán: “solo tres platos de carne con algun buen ante de legumbres verdes y su postre alguna cosa de leche”, mientras que en la mesa no se pondría vino ni en almuerzo ni cena, menos aguardiente, aunque la pida para demostrar que no se usan estas bebidas en los poblados. Una recomendación especial es que nadie: “haga alarde ni ostentación de ricas alajas, ornamentos”, tampoco que muestren las habitaciones: “donde se hacen cosas curiosas”, más bien que las mismas y durante la visita permanezcan cerradas, justificando la decisión porque: “mostrar semejantes cosas y oficinas no sirve mas de abrirles las puertas a los seglares para que pidan quanto ven o quanto se les antoja”. Por eso ordena que nadie haga tratos de ninguna especie con los acompañantes del gobernador y que se cumpla la ronda de vigilancia nocturna, como que: “todos los indios y los muchachos grandes anden con sus armas en las manos y por



donde quiera que fueren”. Entre otras cosas ordena el mantenimiento de la limpieza en calles y plaza, que los pobladores anden bien vestidos todo el tiempo y que vayan siempre a misa y a rezar el rosario. A los padres les recomienda que tengan sus habitaciones y galerías no solo limpias y ordenadas, y que no:

“se pinte cosa alguna de manera se vean en nuestros aposentos ni corredores pintados en las paredes ni puertas pixes de varias figuras, ni Romanos de varios florines ni fruteras, porque todas estas cosas no se acostumbran ni suelen ver en los aposentos de pobres Religiosos como lo profesamos ser nosotros y solo se permite algunas listas de color negro y cobrado sin los follajes ni figuras” (PAGE, 2022, p. 8).

Recibimientos de los obispos

Tanto las visitas del gobierno civil como las del eclesiástico coexistieron durante todo el periodo colonial, aunque la última buscaba fines y modos diferentes, siendo un producto de la Contrarreforma reivindicado desde Felipe II y sus sucesores a través de continuos decretos y disposiciones que regulaba el régimen y que fueron insertas en la Recopilación (MORA MÉRIDA, 1980, p. 61). Pero la misma Iglesia contaba con el Pontifical Romano que contiene todos los ritos para el desempeño de las funciones episcopales, siendo Clemente VIII, después del concilio tridentino, quien publicó un pontifical obligatorio o ceremonial de los prelados en 1595⁹.

194

El obispo ejercía la institución de la visita con los fines de control sobre su diócesis en lo que atañe a los bienes inmuebles y muebles, las cuentas de la administración y por cierto el cumplimiento de la vida espiritual de los fieles. El Concilio de Trento estableció que debía hacerse cada dos años, aunque no siempre se cumplió. Pero he aquí que les estaba vedado visitar a los regulares, por privilegios pontificios, pero en el caso de las reducciones lo hacían en función que los jesuitas ejercían como curas doctrineros¹⁰ y nunca fundaron una reducción sin la licencia del obispo quien ejercía ocasionalmente en la visita el ministerio de la confirmación.

Otro punto importante para destacar es que recién en 1727 se definió la línea divisoria de las diócesis donde pertenecían estos poblados, quedando para el obispado de Buenos Aires los diecisiete del Uruguay y del obispado del Paraguay, los trece del Paraná y el Tebicuarí. No

⁹ Medio siglo después Inocencio X publicó una nueva edición corregida y revisada, como lo hizo también Benedicto XIII en 1727, ampliado por Benedicto XIV en 1742, donde se destacó el método de la escuela litúrgica de la universidad gregoriana de los jesuitas.

¹⁰ Adriano VI suscribió en 1522 la bula *Exponis Nobis Nuper Fecistis* que daba potestad de autoridad apostólica a las órdenes mendicantes en aquellos sitios donde no hubiera obispos o donde estos se encontraran a una distancia superior a dos días de viaje.



obstante, no solo eran pocas las visitas, sino que habían disminuido, al menos así lo manifiesta el P. Domingo Muriel que estuvo casi veinte años en el Paraguay, al escribir: “Aunque siendo Misionero sólo haya visto dos visitas episcopales, consta de los libros parroquiales que antes ha habido muchas; y en tales visitas hay apuntadas muchas cosas en alabanza de los indios y de sus doctrineros” (MURIEL, 1918, p. 539).

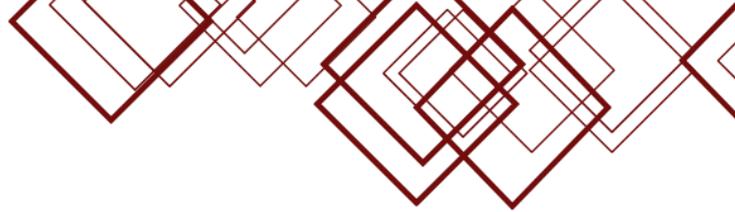
Quien dedica una extensa relación sobre la visita del obispo de Buenos Aires Antonio Azcona Imberto en 1681 es el P. Francisco Jarque¹¹, quien fue jesuita en el Paraguay por nueve años (1628-1637) y regresó a España en 1640 después de haber dimitido de la Compañía de Jesús¹². Es quien cuenta detalladamente sobre las dificultades para llegar a las doctrinas, y que a veces los mismos indios iban a buscar al obispo a su catedral para conducirlo a la visita a él y a su comitiva. Cientos de indios a cargo de un corregidor guaraní y con la supervisión de un jesuita, iban con sus balsas bien provistas de suministros que proveían los pueblos y hasta llevaban músicos para amenizar durante el viaje. Continúa su larga referencia mencionando lo que se hacía con el arribo de un prelado:

195

“comunmente le salen al encuentro dos Compañías de a caballo, con las insignias, que en la Milicia les corresponden, y á su visita hacen los torneos, y escaramuzas, que suele la Cavalleria, para celebrar á su General. Despues desmontados, y con las rodillas en tierra, besan la mano á su Obispo, y reciben su santa bendicion. Montan luego, y divididos en dos alas, le ván acompañando. A vna legua de el Pueblo llega el Corregidor, con los Alcaldes, y todos los de el Concejo, Caziques, Capitanes, y principales, á quienes sigue el Padre Superior de los Misioneros, con los que han podido concurrir, y dando la bienvenida todos a su Pastor, le reverencian en la forma que los primeros, y acompañan, hasta que á vista del Pueblo se descubren los varones, todos divididos en sus Compañías de Infanteria, cada vna con sus Vanderas, caxas, Militares insignias, y armas á su natural; todos aclaman a su Pastor, y a son de caxas, clarines, y chirimias, regozijo de danças, y victores. En distancia competente resuena el repique de todas las campanas, que se acostumbra en las mayores Fiestas; y executadas las ceremonias, que señala el Pontifical, entra en la Iglesia, donde halla todas las mugeres, que no se permite anden interpoladas con los hombres, aun en días tan exceptuados de la comun regla. Dicho a canto de Organo muy solemne, el *Te Deum Laudamus*, con las Oraciones señaladas, los Padres, y el Cabildo llevan al Obispo a la posada, y acamodan á todos los huespedes, asistiéndoles con todo el regalo, veneracion, y agasajo, que les permite su posibilidad. Todos los que aciertan a verle, aunque sea por las calles, plazas, ó campos, ambas rodillas en tierra, esperan su bendicion, y no pierden de vista, como si passara el mismo Jesucristo, á quien veneran en su Obispo. Despues repiten varios regozijos públicos, los días que se detiene en su Visita; y en modo semejante le festejan, y acompañan al salir, hasta que á la raya de el territorio de otro Pueblo, empiezan otro recibimiento, en la forma

¹¹ De esta relación se basó el P. Hernández (1913, I, p. 335-340) para describir los pormenores de la visita de un obispo y listar todos los prelados que fueron a las doctrinas.

¹² Al regresar a España Jarque fue deán de la iglesia catedral de Albarracín, escribió la biografía de varios misioneros, como el P. Ruiz de Montoya (1662) a quien seguramente conoció, como también a sus otros tres biografiados José Cataldini (1664), Simón Mascetta y Francisco Díaz Taño. Estos dos últimos los incorporó en un solo texto publicado en 1687, junto a una tercera parte donde da cuenta del estado de las misiones en aquel tiempo. Reeditada por Maeder en 2008.



referida; viendole los caminos, calles, y plazas hechas vn vergel de yerbas, y flores olorosas por el suelo, y de ramos, y arcos triunfales, en lugar de tapizarias. Los puentes se componen, los caminos se igualan, y todo se adorna tan decente, como pudiera para el Sumo Pastor de todo el Orbe Christiano” (JARQUE, 1687, p. 309).

Del texto de este sacerdote del siglo XVII nos vamos al del expulso P. José Cardiel, que escribe en el exilio una la “Breve relación de las misiones” a pedido del P. Pedro de Calatayud, su antiguo profesor de filosofía, y publica el P. Hernández (1913, II, pp. 514-614)¹³.

Cardiel especifica que estas visitas se hacían “en lo tocante á sus oficios: si doctrinan á sus feligreses: qué ornamentos hay, y con qué decencia: cómo esta la pila bautismal y demás vasos sagrados: en qué estado están las cofradías”. Pero otras veces solo iban a impartir el sacramento de la confirmación, como lo escribió el P. Roque de Rivas al P. Nicolás Contucci quien fue designado visitador del Paraguay en 1760. Le cuenta que el obispo había recorrido todos los pueblos del Paraná y se aprestaba a viajar a los del Uruguay “aunque no visitando, sino confirmando”.¹⁴

Al describir el recibimiento no varía mucho después de casi un siglo con respecto a lo que publicó Jarque y escribe:

“Recíbese con toda autoridad. Salen los Cabildantes y militares todos de gala á recibirle, una legua y más, del pueblo, con sus instrumentos bélicos y músicos, con bajones y chirimías, todos á caballo. Llega a la entrada del pueblo, donde lo recibe el Cura revestido, con las ceremonias de su Ritual.

Por donde pasa, todos se arrodillan, recibiendo la bendición. Llega al templo, y cantan los músicos el Tedeum, siguiéndose las oraciones y demás ceremonias.

El día siguiente visita la iglesia, ornamentos y todo lo demás. Después hace las confirmaciones¹⁵, que como no viene sino después de muchos años, son muchos centenares y aun millares. El año 1763 fué la última visita del pueblo en que yo estaba¹⁶, y hacía 21 años que no había habido otra. A otras Misiones suelen tardar más en ir: y á alguna nunca van. Se excusan por sus ocupaciones, sus años, sus achaques, y la longitud, aspereza, é incomodidades de los caminos. Los aliviarnos cuanto podemos, dándoles carruaje, cabalgaduras, etc., y haciendo todos los gastos, aunque se detengan mucho más de lo decretado; y todo de valde, sin paga ni recompensa alguna: y siempre le hace el pueblo un presente de valor de cien pesos ó más: y se le da un Misionero que siempre le acompaña, para dirigir los indios sirvientes, y todo lo perteneciente al viaje, para que sea con la comodidad posible” (HERNÁNDEZ, 1913, II, p. 580).

¹³ Esta extensa relación fue solicitada por el P. Calatayud quien pretendía escribir un libro sobre las misiones del Paraguay. solicitando informes a varios jesuitas exiliados. El texto llegó a escribirlo, pero permaneció inédito hasta 2022. Sobre el escrito de Cardiel de ese tiempo existen varias copias manuscritas.

¹⁴ AGNA, Sala IX, 6-10-1, doc. 348. Carta del P. Rivas al visitador Contucci 16/1/1764.

¹⁵ Más adelante el P. Cardiel explica que el Papa Benedicto XIV otorgó la facultad de administrar el sacramento de la Confirmación a los superiores de las reducciones, describiendo las formalidades del caso.

¹⁶ Fue el obispo del Paraguay Manuel Antonio de la Torre (1757-1763) que visitó las trece reducciones de su diócesis en 1758 y elevó un informe en 1761, pero al ser designado luego obispo de Buenos Aires y dirigirse hacia su sede pasó por el resto de los poblados jesuíticos. Por otra parte, Cardiel se encontraba en 1763 en el pueblo de Apóstoles, siendo destinado luego a Concepción donde lo sorprendió la expulsión (FURLONG, 1953, p. 46-47. AGUERRE CORE, 1999, p. 111-138).

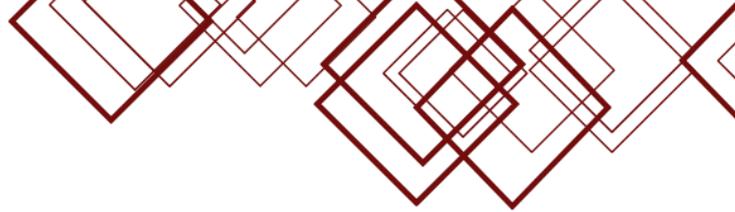


Más adelante continúa e insiste con los gastos el P. Cardiel:

“Los gastos que se hacen, los costea el pueblo los hechos allí: los demás, en embarcaciones ó por tierra hasta su Catedral, los pagan todos, haciendo una prorrata. Las dos veces que en 28 años estuve en aquellos pueblos, hubo sólo dos Visitas. En el tiempo antecedente hubo otras varias, como consta de los libros de la parroquia: y en ellas dejan siempre muchas alabanzas de los Curas, sus ministerios, y el buen porte de los indios” (HERNÁNDEZ, 1913, II, p. 581).

Así como las visitas eran reglamentadas por la Iglesia, los superiores jesuitas dictaban sus propias disposiciones en cuanto a los recibimientos. He aquí un documento que vale la pena presentar, aunque no sin antes aclarar el origen. El mismo se titula “Lo que se ha de hacer en el recibimiento del obispo de Buenos Aires” y es una supuesta copia que hace Bernardo Ibáñez de Echavarri. Un personaje controvertido, expulsado de la Compañía de Jesús de la provincia de Castilla en 1745, aunque a instancias del general fue reincorporado a la provincia de Aragón en 1752 y de ahí enviado al Paraguay, llegando a las costas platinas en 1755 donde permaneció hasta 1757 en que por “su genio y humor extravagante, turbulento y maligno” –como escribe Luengo- (FURLONG, 1933, p. 27), se negó a obedecer un traslado a Córdoba ordenado por el provincial Barreda y dimitió. Al regresar a España se entregó a escribir en contra de los jesuitas, cosa que le ganó protección de algunos miembros de la corte borbona. Una de esas obras “El reino jesuítico” la envió al secretario de estado Ricardo Wall, quien no creyó oportuno publicarla por el momento. El texto lo firma el 15 de marzo de 1762, poco antes de su muerte que acaeció unos veinte días después. El libro finalmente se publicó en 1770 y se dividió en tres partes agregándose el diario de Tadeo Henis sobre la guerra guaraní de 1754. El original de Ibáñez o más probablemente una copia, se encuentra en el colegio de los jesuitas de Salamanca, pero este manuscrito, no incluye el diario de Hanis, sino un extenso apéndice que no se publicó. Valga toda esta larga introducción para comentar que uno de esos manuscritos que adjunta Ibáñez trata sobre cómo debían ser los recibimientos a los obispos. Por lo que se desprende del texto es posiblemente de un provincial, pero que Ibáñez no dice de quién es, como lo hace en otros documentos del apéndice. No hallamos este documento en ningún archivo, aunque posiblemente se encuentre hoy en la Biblioteca Nacional de España ya que Wall, enterado de la muerte de Ibáñez, ordenó se recojan todos los papeles de su morada.

El documento se refiere a lo que ya adelantamos con Jarque y con Cardiel, pero con la diferencia que estas son instrucciones. Comienza con el recibimiento a una legua antes de llegar al poblado donde irán a caballo los jesuitas a cargo del pueblo y los miembros del Cabildo. Al llegar serán recibidos con banderas y algunos tiros de arcabuz. Pero señala, además:



“Desde la entrada del Pueblo hasta la iglesia se hace una Calle de Arcos, y al principio de ella a mano izquierda como se entra se hace un Altar, lo mejor adornado que se pudiere con frontal blanco delante de otro Altar, ha de estar una Alfombra, y cojin donde el Cura vestido con Capa blanca rica, y en pie le dá a vesar la Cruz”.

Luego se dirigirán a la iglesia cantando en procesión, donde adelante irán los pobladores en dos hileras, seguido de una cruz alta y detrás el cura con su capa y el resto de los jesuitas con sobrepelliz. Finalmente, el obispo bajo palio y delante de él dos niños esparciendo flores a su paso. Al llegar al templo se dirigen al altar mayor, donde se hincan en oración el obispo y el cura, siguiendo el pontifical.¹⁷ No entendemos qué quería lograr Ibáñez con este documento, pues en realidad y como vimos en los ejemplos anteriores, era lo que se hacía habitualmente, solo que esta reglado meticulosamente.

Conclusiones

La costumbre de la ritualidad comunicacional como lenguaje de poder no fue solo de las monarquías, sino una práctica ceremonial también usada por la Iglesia y como aquella, un instrumento de afirmación de la autoridad debidamente reglamentado. Las ceremonias y rituales ejercían una importante seducción y significado social de todos los participantes ya sea protagonistas o espectadores donde se experimentaba una interrupción de lo rutinario.

Hemos recorrido distintos dos tipos de recibimientos en los poblados guaraní y en algunas ciudades españolas que eran enclaves para la evangelización, de donde partían los jesuitas con diversos objetos para obsequio. El primer contacto extramuros con los guaraníes lo hicieron con los que moraban en los alrededores de las ciudades. Pero tanto estos núcleos urbanos como los más alejados, de una manera u otra, ya habían tenido contacto con españoles o portugueses y habían asimilado sus acostumbrados rituales, pero agregando un manifiesto sincretismo cultural sobre todo en danzas y música como en el respeto de la “palabra”.

De allí que todo el protocolar recibimiento haya sido similar, con la autoridad del poblado saliendo a buscarlos e ingresando en procesión de niños que portaban como estandarte una cruz, cantando o recitando el Padre Nuestro de memoria y en castellano, idioma que no hablaban, aunque también podían recitar largos poemas en latín. En una visita que hizo el provincial Boroa, unos niños le recitaron versos en guaraní que aludían a la historia del poblado, recurso que se volvió a repetir en otras visitas. A veces venían indígenas de otros sitios o reducciones. Los visitantes recorrían la población atravesando arcos hechos de ramas con flores,

¹⁷ BCSES, *Apéndice Ibáñez*, s/f.



frutos y aves que se colocaban en las calles, dando la idea de triunfo, e insinuando que la procesión que pasaba por debajo, ingresaba como conquistadora.

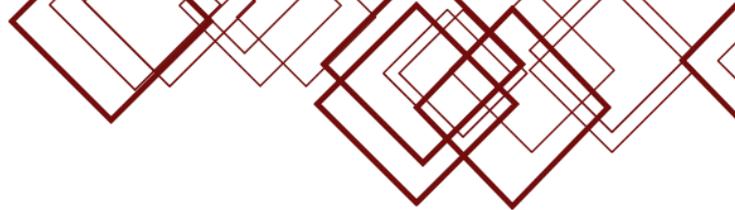
Pero también y como la mayoría de estos poblados estaban en las orillas de ríos, esta situación daba lugar para desplegar una importante cantidad de canoas o “galeras pequeñas” como las llama Sepp (LEONHARDT, 1924b, 291-292), quien relata que en cada una llevaban muchachos encargados de tocar tambores, trompetas y chirimías, además de arcabuces y mosquetes, con los que representaban una batalla. El recibimiento en la costa estaba a cargo del superior jesuita y el corregidor guaraní, flanqueados de tropas a caballo y a pie, bien armados y vestidos como españoles (lo que llamaba la atención del tirolés Sepp). El destino final era la iglesia del pueblo, cuyas campanas no dejaban de repicar y donde los esperaban mujeres arrodilladas cantando algún salmo. La fiesta en estos tipos de recibimientos, bien tenía un repertorio protocolar que se extendía a la noche y al día siguiente con danzas y juegos.

Con el mencionado P. Boroa es cuando recién aparecen los castillos, o al menos es la primera vez que se los menciona en la región. Efectivamente, al llegar como provincial, después de varios años, a Santa María la Mayor por él fundada, encontró un castillo donde sobre él se ubicaron los músicos y unos asientos donde se dispondría el provincial y sus acompañantes (LEONHARD, 1929, 283)¹⁸. Las visitas de funcionarios civiles y eclesiásticos contaban con otra sintonía a la de las visitas de autoridades jesuitas, quizás por la desconfianza de ambas partes. En este sentido los jesuitas debían legitimar entre los pobladores la autoridad que representaban, nada menos como el representante del rey o del mismo Dios.

El recibimiento alcanzaba otras formalidades ligadas más a lo militar, donde los guaraníes hacían alardes de destrezas y simbolismos como el batido de banderas, salvas con disparos de armas de fuego y flechería frente a la soldadesca hispana que escoltaba a la autoridad civil.

Todo el recibimiento estaba perfectamente planificado, como da cuenta la instrucción de 1699 que dejó el superior del Paraná P. Mateo Sánchez, donde no dejó al azar ni el menú que se debía ofrecer al gobernador y su comitiva. Pero aquí se describen los preparativos especiales del poblado en calles, plazas y edificios, como también del cuidado de la vestimenta de los pobladores. Siguen los detalles del recibimiento, consignando las formaciones de quienes serían de la partida y el cortejo hacia la iglesia donde continuaba el ceremonial religioso hasta el acompañamiento a su morada adecuadamente presentada. Se sumaban diversas funciones

¹⁸ Carta Anua de Mastrilli Durán 12/11/1628.



entre las que destacaban las danzas. Pero también las instrucciones señalan no mostrar signos de ostentación y preferentemente cerrar algunas habitaciones donde se guardan cosas de valor sujetas a la rapiña de los acompañantes.

De tal manera que se presenta el barroco como una forma de vida, manifestada en la cotidianidad de las celebraciones dentro de un clima de triunfalismo, donde se desarrolla un arte efímero con una participación comunitaria que estimulaba la imaginación con un gran impacto en el receptor, constituyéndose en la visualización directa del poder.

Referencias Bibliográficas

Fuentes documentales inéditas

AGNA (Archivo General de la Nación Argentina)

BCSES (Biblioteca del Colegio de San Estanislao de Salamanca)

Bibliografía

200

AFFANNI, F. M. *Participación indígena en la conformación de los patrones artísticos y religiosos en las Misiones Jesuíticas de Guaraníes. La imagería como testimonio de la recepción del mensaje cristiano y su reinterpretación desde la religiosidad guaraní*. Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2008.

AGUERRE CORE, F. La visita general de la Diócesis del Paraguay realizada por el Ilmo. D. Manuel Antonio de la Torre (1758-1760). *Revista Complutense de Historia de América*, v. 25, p. 111-138, 1999.

CÉSPEDES CASTILLO, G. La visita como institución indiana. *Anuario de Estudios Americanos*, v. 3, p. 984-1025, 1946.

DEL TECHO SJ, N. *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Asunción: Centro de Estudios Paraguayos “Antonio Guasp”, [1673] 2005.

FURLONG SJ, G. El expulso Bernardo Ibáñez de Echávarri y sus obras sobre las misiones del Paraguay, *Archivum historicum Societatis Iesu*, 2, 25-35, 1933.

FURLONG SI, G. *José Cardiel SJ y su Carta-relación (1747)*. Buenos Aires: Librería del Plata, 1953.

FURLONG SJ, G. *Misiones y sus pueblos de guaraníes*. Buenos Aires, 1962.



HERNANDEZ SJ, P. *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*. 2 tomos, Barcelona: Gustavo Gili editor, 1913.

IBÁÑEZ DE ECHAVARRI, B. *Colección general de documentos, tocantes á la tercera época de las conmociones de los Regulares de la Compañía en el Paraguay. Contiene El Reyno Jesuitico del Paraguay, por siglo u medio negado y oculto, hoy demostrado y descubierto. Va añadido el Diario de la Guerra de los Guaranies, escrito por el P. Tadeo Henis. Tomo Quarto*. Madrid: Imprenta Real de la Gazeta, 1770.

JARQUE, F. *Insignes misioneros de la Compañía de Jesus en la Provincia del Paraguay. Estado presente de sus misiones en Tucuman, Paraguay, y Rio de la Plata, que comprende su Distrito*. Pamplona; Juan Micón impresor, 1687.

LABOUGLE, R. La reducción Franciscana de Santa Lucía de los Astos. *Investigaciones y Ensayos*, n. 5, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, p. 131-152, 1968.

LEÓN PINELO, A. de y SOLÓRZANO PEREIRA, J, de. *Recopilación de Leyes de los reinos de Indias. Tomo Segundo*. Madrid: Julián de Paredes, 1681.

LEONHARDT SI, C. *La música y el teatro en el tiempo de los antiguos jesuitas de la provincia de la Compañía de Jesús del Paraguay*. Buenos Aires: Sebastián de Amorrortu, 1924a.

201

LEONHARDT SI, C. El P. Antonio Sepp SJ, insigne misionero de las reducciones guaraníes del Paraguay, *Estudios*, oct. 291-292, 1924b.

LEONHARDT SI, C. *Documentos para La Historia Argentina*. XX, Iglesia, Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1929.

LOZANO SI, P. *Historia de la Compañía de Jesus en la Provincia del Paraguay*. Madrid: Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, T. II, 1755.

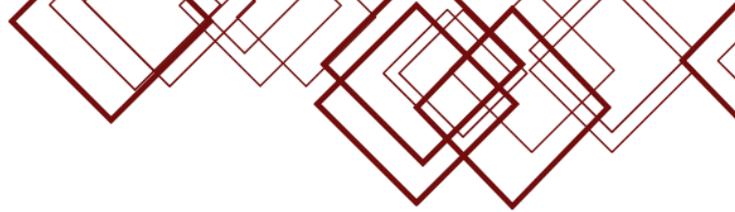
MAEDER, E. J. A. *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay (1637-1639)*. Buenos Aires: FECIC, 1984.

MALAGÓN PINZÓN, M. Las visitas indianas, una forma de control de la administración pública en el estado absolutista. *Vniversitas*, 108, p. 821-838, 2004.

MORA MÉRIDA, J. L. La visita eclesiástica como institución en Indias. *Anuario de Historia de América Latina*, v. 17, p. 59-67, 1980.

MURIEL SJ, D. *Historia del Paraguay desde 1747 hasta 1767 obra latina... traducida al castellano por el P. Pablo Hernández*. Madrid: Librería Gene, 1918.

NÚÑEZ CABEZA DE VACA, A. *Relación de los naufragios y comentarios*, Tomo 1, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, [1555] 1906.



PAGE, C. A. *Las otras reducciones jesuíticas. Emplazamiento territorial, desarrollo urbano y arquitectónico entre los siglos XVII y XVIII*. Madrid: Editorial Académica Española, 2012.

PAGE, C. A. Instrucciones para el recibimiento de gobernadores en las doctrinas. Un testimonio de ceremonias, banquetes y silencios, *IHS. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, v. 10, p. 1-8, 2022.

SALINAS, M. L. et al. *Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay, 1714 a 1762*. Asunción: Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica, 2017.

SCHMIDL, U. *Viaje al Río de la Plata*. Buenos Aires: Emecé, [1567] 1997.

SERVENTI, M. C. *La gestación del arte jesuítico-guaraní en la etapa inicial de las reducciones de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (1610-1641)*. Tesis Doctoral Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2007.

SUSTERSIC, B. D. *Imágenes guaraní-jesuíticas: Paraguay, Argentina, Brasil*. Asunción: ServiLibros, 2010.

TRELLES, M. R. Autos sobre la visita de las reducciones del Paraná y Uruguay, que hizo el gobernador don Jacinto de Lariz el año de 1647. *Revista del Archivo General de Buenos Aires*, t. II, Buenos Aires: Imprenta del Porvenir, p. 36-144, 1870.

WILDE, G. *Religión y poder en las misiones de guaraníes*. Buenos aires: sb ediciones, 2009.